



NOVELAS QUE DEJAN HUELLA

50 RELATOS GENIALES DEL SIGLO XXI

HILARIO MENDO



HILARIO MENDO

NOVELAS QUE DEJAN HUELLA

**50 RELATOS GENIALES
DEL SIGLO XXI**

ARGUMENTOS PARA EL SIGLO XXI



Colección: Argumentos para el siglo XXI
Director de la colección: Gonzalo Nadal

Novelas que dejan huella. 50 relatos geniales del Siglo XXI
© Hilario Mendo Frutos, 2023
© Digital Reasons, 2023
Serrano, 51 - 28006 Madrid (España)
www.digitalreasons.es
info@digitalreasons.es

Diseño de cubierta e interior: Digital Reasons.

ISBN (papel): 978-84-943359-7-6
D.L.: M-8201-2023
ISBN (digital): 978-84-945247-2-1

Ficha bibliográfica: Mendo, Hilario (2023): *Novelas que dejan huella. 50 relatos geniales del Siglo XXI*. Madrid, Digital Reasons.

Imprime: Podiprint.
Impreso en España - *Printed in Spain*

Las afirmaciones incluidas en el libro son responsabilidad exclusiva de los autores. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

"El objeto de la literatura es la condición humana y, por esa razón, el que la lee y la comprende se convertirá no en un especialista en análisis literario, sino en un conocedor del ser humano".

Tzvetan Todorov

"Escribir fue divertido hasta que averigüé la diferencia entre escribir bien y mal; luego hice otro descubrimiento más alarmante todavía: la diferencia entre escribir bien y el arte verdadero. Es sutil, pero brutal".

Truman Capote

"La mejor defensa contra la mala literatura es una experiencia plena de la buena".

C.S. Lewis

Índice

Prólogo.....	9
1. Mario Vargas Llosa, <i>La fiesta del chivo</i>	11
2. Isaac Bashevis Singer, <i>Sombras sobre el Hudson</i>	18
3. Raymond Carver, <i>Si me necesitas, llámame</i>	25
4. Tobías Wolff, <i>La noche en cuestión</i>	29
5. Saul Bellow, <i>Ravelstein</i>	34
6. Emmanuel Carrère, <i>El Adversario</i>	42
7. Javier Marías, <i>Tu rostro mañana</i>	48
8. Joyce Carol Oates, <i>Qué fue de los Mulvaney</i>	54
9. Iris Murdoch, <i>El mar, el mar</i>	58
10. Ian McEwan, <i>Sábado</i>	65
11. Kazuo Ishiguro, <i>Nunca me abandones</i>	74
12. Don DeLillo, <i>Libra</i>	84
13. Kvêveta Lagátová, <i>La transformación</i>	90

14. Edgar Lawrence Doctorow, <i>La gran marcha</i>	92
15. William Saroyan, <i>La comedia humana</i>	98
16. Antonio Tabucchi, <i>La cabeza perdida de Damasceno Monteiro</i>	102
17. Stefan Zweig, <i>La impaciencia del corazón</i>	110
18. Irène Némirovsky, <i>Suite francesa</i>	117
19. Philip Larkin, <i>Jill</i>	122
20. Cormac McCarthy, <i>La carretera</i>	125
21. Vasili Grossman, <i>Vida y destino</i>	131
22. Abraham B. Yehoshúa, <i>La novia liberada</i>	137
23. Leonardo Padura, <i>El hombre que amaba a los perros</i>	142
24. Wallace Stegner, <i>En lugar seguro</i>	149
25. Richard Bausch, <i>Paz</i>	156
26. Colm Tóibín, <i>Brooklyn</i>	160
27. Khushwant Singh, <i>Tren a Pakistán</i>	165

28. William Kennedy, <i>Tallo de hierro</i>	171
29. John Williams, <i>Stoner</i>	176
30. Natalia Sanmartín, <i>El despertar de la señorita Prim</i>	183
31. Arturo Barea, <i>La forja de un rebelde</i>	191
32. Jesús Carrasco, <i>Intemperie</i>	198
33. Pablo D'Ors, <i>El olvido de sí</i>	204
34. Patrick Leigh Fermor, <i>Un tiempo para callar</i>	210
35. Carlo Levi, <i>Cristo se detuvo en Éboli</i>	214
36. Nic Pizzolatto, <i>Galveston</i>	220
37. A.S.A. Harrison, <i>La mujer de un solo hombre</i>	226
38. Israel Joshua Singer, <i>La familia Karnowsky</i>	233
39. Lucia Berlin, <i>Manual para mujeres de la limpieza</i>	237
40. Fernando Aramburu, <i>Patria</i>	243
41. Ralf Rothmann, <i>Morir en primavera</i>	251

42. Andrés Barba, <i>República luminosa</i>	257
43. Álvaro Enrigue, <i>Ahora me rindo y eso es todo</i>	261
44. Siri Hustvedt, <i>Los ojos vendados</i>	266
45. Karl Ove Knausgård, <i>Un hombre enamorado</i>	271
46. John Lanchester, <i>Capital</i>	281
47. Atticus Lish, <i>Preparación para la próxima vida</i>	288
48. Jonathan Lee, <i>El gran salto</i>	295
49. Amy Liptrot, <i>En islas extremas</i>	300
50. Tim Gautreaux, <i>El paso siguiente en el baile</i>	307
Agradecimientos	313
Nota final	314

Prólogo

Cuando uno se encuentra que alguien ha dicho ya, y muy bien, algo que tú también pensabas, lo más sencillo y eficaz es repetir lo que ha dicho ese alguien. Si encima es un premio Nobel, pues mejor. Ahí va:

“La crítica de diarios y revistas, sobre la producción editorial reciente (...) pone orden y echa luces sobre ese bosque confuso y múltiple que es la oferta editorial, en la que los lectores andamos siempre un poco extraviados. Ambas [antes se ha referido a la crítica filológica] están de capa caída en nuestro tiempo, y no por falta de críticos, sino de lectores, que ven mucha televisión y leen pocos libros, y andan por eso muy confusos, en esta época en que el entretenimiento está matando las ideas, y por lo tanto los libros, y descuellan tanto las películas, las series y las redes sociales donde prevalecen las imágenes” (*La función de la crítica*. Mario Vargas Llosa. *El País* 2-08-2020). Pero es que, además, leí también el verano pasado un artículo de un amigo, crítico literario, que dice cosas que también comparto:

“Ante la abundante y desbordante oferta editorial, lo que hoy día resulta más complicado que nunca es descubrir la buena literatura -que sigue existiendo-, sin tener que elegir condicionados por la moda y la publicidad” (*Por dónde va la narrativa actual*. Adolfo Torrecilla, *Acepre* 8-07-2020).

Hace tiempo publiqué “Mis libros inolvidables. 1966-2000”, *Rialp* 2006: breves comentarios a las novelas que más me gustaron, desde mis años universitarios hasta el fin de siglo. Esas glosas se entrelazaban con recuerdos autobiográficos, salpicados de anécdotas (de ahí la cursiva de inolvidables). Ahora ofrezco la continuación, con mis novelas preferidas de este siglo tan aburrido. Dedico mínimo espacio a mis nuevas vivencias, y me centro más en los comentarios sobre

obras y autores, procurando no caer en los temidos *spoilers*. En el texto sigo el orden cronológico de mis lecturas, no el de su posible importancia o el de mis gustos personales.

La ficción de calidad, aunque escasea, mantiene todavía un nivel muy por encima de los *productos* culturales de esta sociedad del hiperconsumo. Confío en que el presente texto lo muestre con claridad, en espera de tiempos mejores, que estoy convencido de que llegarán.

Además, ante el descenso de la afición a la lectura, especialmente entre los jóvenes, merece la pena difundir el amor a los libros. Porque –como ha señalado el filósofo Alejandro Llano– “los libros son el cauce ordinario y común de la vida del espíritu”.

La calidad literaria, una cierta belleza, sin embargo, no va de la mano de lo bueno y verdadero. Hay frutas que, bajo un aspecto atractivo, llevan dentro algo de podredumbre, con gusano o sin él. El lector maduro sabrá discernir, a la hora de leer esto o aquello. Y si no se considera maduro, o de hecho es muy joven, le sugiero que pida consejo a gente sabia, que la hay, incluso con una Sabiduría con mayúscula. Aparte de que, como escribe el músico, escritor y actor Nick Cave, “el escritor que se niega a explorar las regiones más oscuras del corazón jamás podrá escribir convincentemente sobre el poder del encantamiento, la magia y la alegría del amor: la escena del Unigénito crucificado entre dos criminales viene aquí a mi mente” (del volumen editado en 2020, que recoge su obra lírica). No quiero cansaros con un prólogo largo, probablemente innecesario. Me despido de vosotros con el deseo de ofrecer una nueva entrega, sobre las mejores novelas que se publiquen en los próximos veinte años.

Madrid, invierno de 2022

1. Mario Vargas Llosa, *La fiesta del chivo*

Comenzamos con una de las mejores novelas que he leído en el presente siglo, y posiblemente en toda mi vida: *La fiesta del chivo*, de **Mario Vargas Llosa**¹ (1936). Como es sabido, el escritor de Arequipa (Perú) tiene también la nacionalidad española desde 1993. En la limeña Universidad de San Marcos estudió Derecho y Literatura. Años después obtuvo un doctorado en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense de Madrid.

Está considerado en todo el mundo como uno de los más importantes escritores contemporáneos. Entre los muchos premios que ha ganado, destacan el Nobel de literatura 2010 y el Cervantes 1994. Además de la novela, ha cultivado el teatro, el ensayo, la crítica literaria y el periodismo. Fue nombrado miembro de la Real Academia Española en 1994.

La obra que comentamos transcurre durante el régimen dictatorial de Rafael Leónidas Trujillo, en República Dominicana, que ejerció el poder durante tres décadas, desde 1930. Toma su título del popular merengue dominicano *Mataron al chivo*, que alude al asesinato del dictador el 30 de mayo de 1961. Merengue es un género musical creado en los años 20, activamente promovido después por el mismísimo Trujillo. En la actualidad es considerado la música nacional.

La novela está dividida en tres tramas distintas. Una, centrada en una mujer dominicana, Urania Cabral, es totalmente ficticia; otra en los conspiradores en el asesinato del dictador; y la tercera, en el mismo Trujillo. La novela va alternando las tres historias, y da saltos entre 1961 y 1996, con frecuentes *flashbacks*. En el ca-

¹ **Mario Vargas Llosa**, *La fiesta del chivo*. Alfaguara 2000.

pítulo final, los tres hilos narrativos se entrecruzan, hasta un desenlace no por esperado menos impactante, sobrecogedor. En palabras de Vargas Llosa, "esta es una novela, no un libro de historia, entonces me tomé muchas, muchas libertades. (...) Tuve que respetar los hechos básicos, pero cambié y deformé muchas cosas para hacer a la historia más persuasiva; y no he exagerado."

El libro comienza presentándonos a Urania, la protagonista. Acaba de regresar a su país, Santo Domingo. Escapó de la isla hace 35 años, cuando ella tenía 14, en la época del gobierno de Rafael Trujillo. Se instaló en Estados Unidos, donde ha hecho sus estudios y ejercido como abogada en Nueva York. En 1996 decide cumplir su sueño de ir nuevamente a la República Dominicana para visitar a su padre, Agustín Cabral, que está seriamente enfermo. Ocupó puestos importantes en el régimen político del dictador.

Al hilo de las conversaciones con su padre, Urania va recordando el porqué de su huida...

"Urania. No le habían hecho un favor sus padres; su nombre daba la idea de un planeta, de un mineral, de todo, salvo de la mujer espigada y de rasgos finos, tez bruniada y grandes ojos oscuros, algo tristes, que le devolvía el espejo. ¡Urania! Vaya ocurrencia. Felizmente ya nadie la llamaba así, sino Uri, Miss Cabral, Mrs. Cabral o Doctor Cabral. Que ella recordara, desde que salió de Santo Domingo («Mejor dicho, de Ciudad Trujillo», cuando partió aún no habían devuelto su nombre a la ciudad capital), ni en Adrian, ni en Boston, ni en Washington D.C., ni en New York, nadie había vuelto a llamarla Urania, como antes en su casa y en el Colegio Santo Domingo, donde las sisters y sus compañeras pronunciaban correctísimamente el disparatado nombre que le infligieron al nacer. ¿Se le ocurriría a él, a ella? Tarde para averiguarlo, muchacha; tu

madre estaba en el cielo y tu padre muerto en vida. Nunca lo sabrás. ¡Urania! Tan absurdo como afrentar a la antigua Santo Domingo de Guzmán llamándola Ciudad Trujillo. ¿Sería también su padre el de la idea?

Está esperando que asome el mar por la ventana de su cuarto, en el noveno piso del Hotel Jaragua, y por fin lo ve. La oscuridad cede en pocos segundos y el resplandor azulado del horizonte, creciendo deprisa, inicia el espectáculo que aguarda desde que despertó, a las cuatro, pese a la pastilla que había tomado rompiendo sus prevenciones contra los somníferos. La superficie azul oscura del mar, sobrecogida por manchas de espuma, va a encontrarse con un cielo plomizo en la remota Línea del horizonte, y, aquí, en la costa, rompe en olas sonoras y espumosas contra el Malecón, del que divisa pedazos de calzada entre las palmeras y almendros que lo bordean”.

¿Por qué regresa Urania Cabral a la isla que juró no volver a pisar? ¿Por qué sigue vacía y llena de miedo desde los catorce años? ¿Por qué no ha tenido un solo amor? El lector encontrará pronto las respuestas.

La segunda parte de *La fiesta del Chivo* se centra en el último día de la vida del dictador Trujillo, y el autor muestra el círculo interno del régimen. En la tercera se caracteriza a los que preparan un atentado contra el tirano...

Cada parte del libro muestra una visión particular sobre la República Dominicana, su entorno social, cultural y político, en un logrado despliegue literario donde se combinan el pasado y el presente.

Veamos algunos párrafos donde predomina la historia, y no la ficción, en torno a un escandaloso asesinato de la época. Así comprobamos el diferente estilo del autor, según se trate de escenas ficticias o de pinceladas históricas:

“En marzo de 1956, Jesús de Galíndez, que se había

nacionalizado norteamericano, desapareció, después de ser visto, por última vez, saliendo de una estación del metro en Broadway, en el corazón de Manhattan. Hacía unas semanas, se anunciaba la publicación de un libro suyo sobre Trujillo, que había presentado en la Columbia University, donde ya enseñaba, como tesis doctoral. La desaparición de un oscuro exiliado español, en una ciudad y un país donde desaparecía tanta gente, hubiera pasado desapercibida, y nadie hubiera hecho caso del alboroto que armaron con motivo de la desaparición los exiliados dominicanos, si Galíndez no hubiera sido ciudadano norteamericano, y, sobre todo, colaborador de la CIA, según se reveló al estallar el escándalo. La poderosa maquinaria de periodistas, congresistas, cabilderos, abogados y empresarios que Trujillo tenía en Estados Unidos no pudo contener la batahola que armó la prensa, empezando por The New York Times, y muchos congresistas, ante la posibilidad de que un dictadorzuelo caribeño se hubiera permitido secuestrar y asesinar a un ciudadano norteamericano en territorio de Estados Unidos. En las semanas y meses siguientes a la desaparición de Galíndez —el cadáver jamás fue hallado— la investigación de la prensa y la del FBI reveló inequívocamente la responsabilidad total del régimen. Poco antes del suceso, el general Espaillat, Navajita, jefe del Servicio de Inteligencia, había sido nombrado cónsul dominicano en New York. El FBI identificó comprometedoras averiguaciones en torno a Galíndez de Minerva Bernardino, diplomática dominicana ante la ONU y mujer de plena confianza de Trujillo. Más grave aún, el FBI identificó un pequeño avión, de matrícula falsificada, que, conducido por un piloto que carecía del marbete correspondiente, despegó ilegalmente de un pequeño aeropuerto, en Long Island, rumbo a Florida, la noche del secuestro. El piloto se llamaba Murphy y se encon-

traba, desde esa fecha, en la República Dominicana, trabajando en Dominicana de Aviación. Murphy y Tavitó volaban juntos y se habían hecho muy amigos”.

Los temas principales de la novela incluyen poder, corrupción, violencia sexual, crueldad... Pero también la nobleza, incluso heroicidad, de gente corriente, que busca el triunfo de la verdad y la justicia. Al parecer, uno de los propósitos del escritor peruano es facilitar que las atrocidades de la dictadura, los peligros del poder absoluto, sean recordados por las nuevas generaciones, especialmente en Latinoamérica. Los lectores más sensibles o muy jóvenes podrían acusar la dureza de algunas escenas explícitas (por ejemplo de tortura, o de agresión sexual).

Muchas personas muy buenas, religiosas o no, con un fuerte sentido moral, tienen un comportamiento recto, admirable, en su vida privada. Pero se desentienden de la vida pública, pensando que poco o nada se puede mejorar, o que “la política no va conmigo”. La realidad es que, como dijo el filósofo y activista Edmund Burke, “para que triunfe el mal basta con que los hombres de bien no hagan nada”.

Pienso que habría que enseñar a todos, desde pequeños, que las leyes, las instituciones, los gobernantes... pueden hacer mucho bien, facilitando a todos – en libertad– el desarrollo de lo mejor de la naturaleza humana; o mucho mal, dificultando que la gente –sobre todo la gente menos dotada económica o culturalmente– alcance la felicidad que es posible alcanzar en este mundo. Leer, pensar, influir, participar, votar, hablar y escribir, optar –si se tienen condiciones– a presidir la asociación de vecinos, de padres del colegio de los hijos, el sindicato, el club lúdico, deportivo o cultural... Todo eso no es “meterse en política”. Para todo eso no hace falta tener vocación a la vida pública, aunque indudablemente supone complicarse la vida.

¿Y qué mundo queremos dejar a nuestros hijos, a los que vienen detrás?

Volvemos con MVLI. Ya sabemos que la novela es una combinación de hechos históricos y ficticios. Las circunstancias del asesinato son reales, y los asesinos también lo son. Los diálogos, como es lógico, son ficticios. Leamos uno, entre el general José René Roman y un astuto político de la época, el doctor Joaquín Balaguer:

“Román encaró al doctor Balaguer de mal modo, tocándose la metralleta: –Me debe una explicación, señor Balaguer. ¿Quién es usted para dar contraorden a una disposición mía, llamando a un centro militar, a un oficial subalterno, saltándose el escalafón? ¿Quién carajo se cree usted?

El hombrecito lo miró como si oyera llover. Luego de observarlo un momento, esbozó una sonrisita amistosa. Y, señalando la silla frente al escritorio, lo invitó a sentarse. Pupo Román no se movió. La sangre le bullía en las venas, como una caldera a punto de estallar.

–¡Responda mi pregunta, coño! –gritó.

Tampoco esta vez el doctor Balaguer se alteró. Con la misma suavidad con que declamaba o leía discursos, lo amonestó paternalmente:

–Está usted ofuscado y no es para menos, general. Pero, haga un esfuerzo. Vivimos acaso el momento más crítico de la República, y usted más que nadie debe dar al país ejemplo de serenidad.

Resistió su mirada encolerizada –Pupo tenía ganas de golpearlo, y, al mismo tiempo, lo frenaba la curiosidad–, y, luego de sentarse en el escritorio, con la misma entonación, añadió:

–Agradézcame haberle impedido cometer una grave equivocación, general. Asesinando a un obispo, no hubiera resuelto sus problemas. Los hubiera agravado. Por si le sirve, sepa que el Presidente al que ha

venido a echar palabrotas, está dispuesto a ayudarlo. Aunque, me temo, no podré hacer mucho por usted.

Román no percibió ironía en aquellas palabras. ¿Escondían una amenaza? No, a juzgar por la bondadosa manera como lo miraba Balaguer. La furia se le disipó. Ahora tenía miedo. Envidiaba la tranquilidad de este enano melifluo.

—Sepa que he ordenado ejecutar a Segundo Imbert y a Papito Sánchez, en La Victoria —rugió, desaforado, sin pensar en lo que decía—. Estaban también en esta conjura. Haré lo mismo con todos los implicados en el asesinato del jefe.

El doctor Balaguer asintió levemente, sin que su expresión cambiara un ápice.

—A grandes males, grandes remedios —murmuró, de manera críptica. Y, levantándose, avanzó hasta la puerta de su despacho, por la que salió, sin despedirse”.

Libro lleno de ritmo cinematográfico, con excelentes incursiones en la psicología de los personajes, y brillante descripción de ambientes. Con una tensión *in crescendo* que atrapa al lector más tibio, y narrada en un castellano rico, incorporando muchas aportaciones del léxico centroamericano.

2. Isaac Bashevis Singer, *Sombras sobre el Hudson*

De Santo Domingo a Nueva York, de la mano de un escritor judío: **Isaac Bashevis Singer**², Nobel de literatura en 1978. Su novela *Sombras sobre el Hudson*, escrita en yidish y publicada en los años 50 del pasado siglo, interesará al lector desde el principio hasta el final.

La historia gira en torno a Boris Makaver, un judío que emigró a los Estados Unidos y ha triunfado en los negocios. Su hija Anna está casada con el abogado Stanislaw Luria, su segundo marido. El primero fue Yasha Kotik, un cómico que se quedó en Polonia durante la ocupación nazi. La relación de Anna y Stanislaw atraviesa una gran crisis: ella se ha enamorado de Hertz Dovin Grein, también casado, con quien planea escaparse. La acción de la novela se inicia en una fiesta ofrecida por Boris en su lujosa casa de Nueva York, donde se han reunido los personajes mencionados; también están presentes David Shrage, cuya esposa murió en el Holocausto, y un judío que fue colaboracionista de los alemanes. Todos ellos disfrutaban de una posición acomodada en los Estados Unidos, durante los últimos años 40, mientras miles de judíos sufren penalidades en Europa...

El tema de fondo es la desaparición o la transformación definitiva de ese tipo de personajes judíos que sobrevivieron al holocausto, y viven en Estados Unidos marcados por un complejo de culpa. Algunos apenas han superado la experiencia de la guerra; otros, más jóvenes, perciben un futuro esperanzador en un país en el que echar raíces. Mientras tanto las opiniones divergen con respecto a si conservar las antiguas tra-

2 **Isaac Bashevis Singer**, *Sombras sobre el Hudson*. Ediciones B 2000.

diciones o adoptar nuevos modelos de conducta. En una entrevista, nuestro autor se pregunta: "¿Qué les ha pasado a los judíos? Durante tres mil años se han resistido a la idolatría y de pronto se han convertido en productores de Hollywood, en propietarios de periódicos, en líderes comunistas". Oigamos a algunos personajes de la novela, que reflejan esa desazón de su creador. Dice uno:

"Yo vi con estos ojos a judíos que cavaban su propia fosa. Miraba al cielo, pero éste conservaba su color azul mientras el sol seguía brillando. Reinaba la paz. Los ángeles no lloraban. El Señor del universo guardaba silencio. ¡Ay! ¡Ay! ¿Qué sabes tú de eso? ¿Qué sabes tú? No esperaba que los judíos lo olvidaran tan pronto". Y otro piensa:

"Allí los niños crecían sin ningún patrimonio cultural. Sus padres espirituales eran los personajes de Hollywood, los de las novelas basura, los de la prensa amarilla. ¿Hasta cuándo duraría todo eso?"

Más adelante deja caer que lo único que permanece son los valores trascendentes transmitidos de generación en generación: "El modo de vida judío no es una hierba silvestre que crece sola; es un jardín que ha de ser cuidado. Cuando el jardinero lo olvida o actúa como si lo olvidara, las plantas se marchitan. En esta cuestión impera la ley de causa y efecto. No existen milagros: si no se enseña a los hijos el modo de vida judío, serán ateos, comunistas, asimilacionistas o conversos". En la novela aparece a veces la natural nostalgia ante el mundo que se dejó atrás, como un eco de los Salmos del destierro: "Nos sentábamos a llorar en las orillas del río de Babilonia acordándonos de Sión". Espíritu que me parece entrever ya en los primeros párrafos del libro:

"Aquella tarde los invitados se reunieron en el nuevo piso de Bóruj Makaver, Boris en Estados Unidos. El

bloque de apartamentos al que acababa de trasladarse le recordaba Varsovia. Estaba construido alrededor de un enorme patio con dos portales, uno de los cuales conducía a Broadway y el otro a West End Avenue. En el cabinet —que su hija Anna llamaba «estudio»— había una ventana que daba al patio, y cuando Boris se asomaba al exterior casi podía imaginar que estaba de nuevo en Varsovia. Abajo, en el jardincillo cercado por una valla, siempre reinaba el silencio. De día, el sol trepaba lentamente por el muro que se alzaba en el lado opuesto. Grupos de niños correteaban sobre el asfalto, el humo subía desde la chimenea, los gorriones revoloteaban gorjeando de tejado en tejado. Sólo parecía faltar un buhonero con su saco de artículos usados, o un titiritero con su loro y su organillo. El patio era propiedad de la comunidad de vecinos y de cada uno de ellos, un trozo de Europa en el corazón de Nueva York. Cuando lo contemplaba y escuchaba su silencio, Boris sentía que le abandonaba el ímpetu de América y le invadían pensamientos europeos, pausados, sin rumbo fijo, cargados de añoranzas de juventud.

No tenía más que entrar en el salón —la sala de estar— para oír el bullicio de Broadway, que resonaba incluso allí, catorce pisos por encima de la calle. Al observar desde arriba los ruidosos coches, autobuses y camiones, y percibir el rugido del metro que se elevaba desde las rejas metálicas, los pensamientos se agolpaban en su mente. De pronto recordó todos sus negocios y pensó en telefonear a su agente de bolsa y fijar una cita con su contable. El día se le había hecho demasiado corto y sintió la necesidad de hacer cálculos, de sacar la estilográfica y ponerse a garabatear en su cuaderno. En tales ocasiones, Boris pensaba en el versículo bíblico «Mas Dios no estaba en el terremoto».

Hace pocos años que la mayoría de ellos han perdido a sus padres, mujeres, hijos, en medio de un sufrimiento insoportable, mientras al parecer el mundo no judío miraba para otro lado. ¿Por qué han sobrevivido ellos para heredar el terrible recuerdo de una crueldad inexplicable? Además ahora, por si fuera poco, los buenos judíos van perdiendo el asidero racial-religioso de la existencia. Experimentan cómo la decadente moral americana crece en sus hijos, nacidos ya en USA; y ellos mismos se enredan en ese activismo sin Dios, sin horizonte ni consuelo. Aunque no todos se dejan llevar, como reflejan las observaciones de un personaje de la novela:

“Fuera lucía el sol; las palmeras se deslizaban al paso del tren, en un paisaje estival semejante al de Tierra Santa. El tren se detuvo y los pasajeros bajaron en tropel a tomar un jugo de naranja. Grein no se alejó de la ventana. A pesar de lo avanzado del invierno, en Florida parecía que era la fiesta de Shavuot, olía a Biblia. Preparadas para arrodillarse y postrarse ante Dios y su poder, las palmeras se inclinaban en varios ángulos, como si se tratara de ermitaños envueltos en harapos y barbas ralas. Cuando soplabla la brisa comenzaban a mecer sus ramas, sacudiéndolas en todas direcciones en reconocimiento de la omnipresencia de Dios, como si estuvieran celebrando una fiesta de los Tabernáculos”. Las vicisitudes de los personajes siempre resultan interesantes. Aportan además sus reflexiones sobre la condición judía, la esencia de las cosas y la finalidad de la vida. Viven en un constante examen de conciencia. Singer explora su drama con gran finura. Todo está contado de una manera convincente y profunda, que apenas se encuentra en la novela de hoy; aunque algunos pasajes pueden resultar algo pesados, cuando Singer trata de contarlos todo minuciosamente. En los párrafos siguientes apreciamos la

descripción de personajes, y un tono de los diálogos:

“Luria hablaba como si estuviera rogándole a Herman que entrase en razón. Ya cincuentón, Luria era bajo de estatura y ancho de hombros, tenía una cabeza enorme, casi sin cuello, con una despeinada pelambrera de color castaño veteado de gris, y el rostro abotargado. Sus cejas eran espesas y bajo los ojos casi amarillos colgaban dos bolsas azuladas, que parecían cubiertas por una especie de musgo. Su nariz tenía unas fosas excepcionalmente grandes. Había algo pesado y salvaje en ese hombre que, no obstante, siempre parecía medio dormido. Una profunda hendidura, que no podría decirse si era una arruga o una cicatriz, recorría su estrecha frente.

A sus treinta y tres años recién cumplidos, Herman aparentaba más edad. Era de la misma estatura que su tío, pero carecía de su campechanía. Tenía la cabeza cuadrada, con el cabello cortado al estilo militar –en España había sido ascendido al rango de capitán o comandante– y, tras unas gafas, ojos fríos de un gris metálico Herman hablaba pausadamente, con la prudencia de un diplomático que sopesa cada palabra. Su voz sonaba como la madera al golpear.

–Nadie puede saber lo que habría ocurrido sin la Ley de Préstamo y Arriendo; ésa es una cuestión académica. Lo que sí es un hecho es que Estados Unidos aplazó la apertura de un segundo frente hasta que la Unión Soviética estuvo al borde de una victoria decisiva.

–¿Estás insinuando que la invasión de Francia no era necesaria? –insistió Luria.

–El poder de los fascistas ya había sido aplastado.

–Si permitiéramos que Stalin escribiera la historia mundial, seguro que mandaría poner que los aliados lucharon en el bando de Hitler –replicó amargamente Luria.

—Hasta lo de Stalingrado, los aliados mantenían la esperanza de una derrota soviética.

Luria enarcó las cejas. Sus ojos amarillos lanzaron una mirada furiosa. Su mano derecha —ancha, pesada, con las venas hinchadas y uñas como garras— se crispó como si estuviera a punto de propinar un bofetón, pero no abandonó la rodilla.

—¡Oh, Dios, qué grande es la fuerza de la mentira! —se limitó a decir. ¡Qué increíblemente vasta y poderosa es! Y tan profunda como un abismo”.

Aunque no lo parezca, esta historia también habla de nosotros, de nuestras dudas existenciales, de la sospecha de que no estamos siendo coherentes con nuestra fe, o con nuestros ideales humanos. Hay que ir más allá de las apariencias, huir del autoengaño, como observaba Kierkegaard: “Si un hombre se dice cristiano, pero tiene en el espíritu solamente la noción del verdadero Dios, no reza de verdad; pero si ese hombre es pagano y se dirige a un ídolo con la pasión del infinito, ese hombre reza a Dios de verdad”³. No basta el conocimiento, la clave está en el amor. Como enseñaba Tomás de Aquino, “al pensar a Dios lo reducimos a los estrechos límites de nuestros conceptos: sólo cuando amamos nos acercamos a Él tal como es”.

Nos recuerda también la novela que las categorías fundamentales que rigen nuestra vida son el bien y el mal, y en razón de ellas seremos juzgados; y no con los baremos —éxito o fracaso, riqueza o pobreza— predominantes en esta cultura de radical relativismo, esta sociedad de desbocado consumo. Me parece significativo este soliloquio de Grein, un hombre casado que ahora convive maritalmente con la mujer de otro, y trata de autojustificarse:

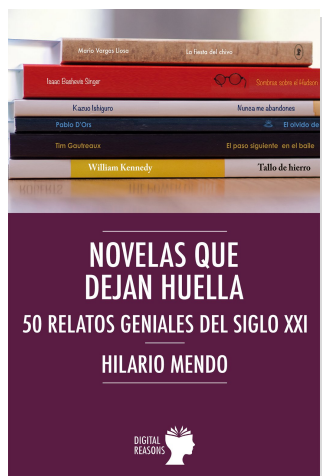
“Faltaban dos días para el Yom Kippur. Había meti-

3 *Post.Scriptum aux miettes philosophiques*, 133.

do una pequeña Biblia en su maleta. ¿Acaso no provenían de allí todas las oraciones? Todos los años había respetado el ayuno y éste no iba a constituir una excepción. Si Dios escuchaba las plegarias, también las oiría desde ese lugar. Entre los libros que había dejado el ermitaño, Grein encontró *La vida de santa Teresa* y empezó a leerlo. ¡Hasta qué punto se parecían las personas religiosas! ¡Todo era igual: el sentimiento de culpa, la humildad ante Dios, el temor al pecado, la capacidad de ver a Dios en cada objeto, en cada pensamiento! Pero ¿cómo iba él a compararse con esa mujer? Mientras ella hablaba de pecados, él los cometía. Sólo por encontrarse en ese lugar ya estaba viviendo, como dirían los católicos, en «pecado mortal»: había abandonado a Lea y había tomado a la mujer de otro. Sin embargo, cuando una persona cae presa de una pasión de la cual no se puede librar, ¿no constituye eso un hecho divino? Sin duda existía un límite para el libre albedrío de los seres humanos”.

Pero no busquemos respuestas en grandes novelas como ésta: sí, en cambio, incógnitas, ideas, emociones, que aquí hay para todos los gustos. En resumen, una excelente historia en Manhattan, la isla que abraza el río Hudson, con perfilados personajes, dilemas existenciales... y una mirada llena de sensibilidad para transmitir el amor y el fracaso, la experiencia de la vida y la pregunta definitiva sobre el más allá.

¿Quieres seguir leyendo?



Acabas de leer el prólogo y los dos primeros comentarios de *Novelas que dejan huella*, de Hilario Mendo. El libro completo reúne cincuenta novelas leídas en lo que va de siglo, comentadas sin *spoilers* y en el orden en que el autor las leyó, para ayudarte a descubrir la buena literatura entre la oferta desbordante de hoy.

Comprar el libro completo ›

bibliotecaonline.es/novelas-que-dejan-huella-50-relatos-geniales-del-siglo-xxi-2

QUÉ ENCONTRARÁS EN EL LIBRO

- **Del 1 al 13.** Vargas Llosa, Bashevis Singer, Carver, Bellow, Carrère, Javier Marías, Joyce Carol Oates, Iris Murdoch, McEwan, Ishiguro, DeLillo...
- **Del 14 al 27.** Doctorow, Saroyan, Tabucchi, Zweig, Némirovsky, McCarthy, Grossman, Padura, Stegner, Tóibín, Khushwant Singh...
- **Del 28 al 41.** William Kennedy, John Williams, Natalia Sanmartín, Arturo Barea, Jesús Carrasco, Pablo d'Ors, Carlo Levi, Lucia Berlin, Aramburu...
- **Del 42 al 50.** Andrés Barba, Álvaro Enrigue, Siri Hustvedt, Knausgård, John Lanchester, Amy Liptrot y Tim Gautreaux, entre otros.

Continuación de Mis libros inolvidables. 1966-2000, del mismo autor.

Digital Reasons

bibliotecaonline.es

pedidos@bibliotecaonline.es

ISBN (papel): 978-84-943359-7-6



Escanea para comprar